

EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Agosto 6 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 1.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

CUATRO PALABRAS DE PREFACIO

En 1870, estando desterrado, bosquejé en la sierra de Córdoba una novela que, con el título de LOS PALMARES, publiqué años después perdida en el folletín de un diario.—En 1881, encontrándome emigrado en Buenos Aires, ocupé parte de los ocios de una temporada de campo en bosquejar otra de más largo aliento.—Léjos de mi patria, me gustan y consuelan las regiones de la imaginación. Puede ser eso una extravagancia; pero no es ciertamente un delito.

El delito empieza con la publicación de lo que talvez debió quedar inédito, como íntimo solaz del espíritu.—En esta parte, no soy yo el verdadero culpable. Daniel Muñoz se ha empeñado en dar una edición literaria de la batalladora RAZON, y me ha impuesto como contribución de guerra el bosquejo de mi segunda novela.—No es posible hacer estas cosas sin sacrificios de amor propio.—Cárls Dickens, rey de la novela inglesa, empleó más de dos años en escribir THE LITTLE DORRIT, y Gustavo Flaubert, otro maestro, necesitó muchos más para idear y pulir MADAME BOVARY.—Cuán temerario es por consiguiente, el empeño de los aficionados que improvisan sus obras y las entregan á la publicidad sin el tiempo ni el estado de ánimo necesarios para darles la última mano de una prolija corrección!

Contra la severidad de la crítica era indispensable esta explicación.—LOS AMORES DE MARTA han sido para mí un pasatiempo inofensivo.—Su publicación es una nueva travesura de Sanson Carrasco.

EL AUTOR.

Montevideo, Agosto 6 de 1883.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

LA HIGH LIFE DE LA FIEBRE TIFOIDEA

FXCESIVO, á la verdad, fué el alboroto que causó en Buenos Aires la enfermedad de Marta Valdenegros.—Una jóven de diez y seis años, luchando durante más de un mes, en los lindes oscuros de la vida y la muerte, con los microbios ponzoñosos de la fiebre tifoidea, es un cuadro demasiado trivial y burgués

para que por sí solo ocupe y preocupe los ocios de la mas espiritual y opulenta ciudad de Sud América. En esos mismos dias (Febrero de 1873, si mal no recuerdo) estaba gravemente enfermo del corazón D. Arturo Nevares, publicista de cierto rango, político de cierta talla, jefe de guardias nacionales en la guerra del Paraguay, donde habia perdido una pierna; y su hipertrofia era un acontecimiento de menor importancia, al parecer, que la fiebre de la nombrada niña.

Cuprichos de la sociedad.—Sin embargo, el alboroto se explicaba un tanto, por diversas razones que no será inútil recordar, á la lijera, en los preliminares de esta crónica.

Marta Valdenegros era huérfana; pero qué huérfana!—teniendo en perspectiva un patrimonio de doscientos millones de pesos (1), como heredera única de sus abuelos D. Francisco Valdenegros y Doña Emilia Fernandez, bajo cuya guarda naturalmente estaba.

Nada hay completo en este mundo.—Comprueba la verdad del aforismo ese matrimonio Valdenegros, que tenia elementos propios para ser un dechado de felicidad y fué sin embargo extraordinariamente desgraciado.

Ambos cónyuges pertenecian á familias distinguidas y pudientes, de viejo cuño colonial. Cuando enlazaron su suerte se amaban con delirio, y cuarenta años después todavía se amaban con el entusiasmo de los adolescentes.—Él, habia sido uno de los más gallardos mozos de su tiempo, y, á los setenta años bien contados, lucia su elevada estatura con majestuosa rigidez, y disimulaba la descomposicion lineal de sus facciones, ántes tan correctas, con el imponente marco de una cabellera y una barba sedosas, blancas, primorosamente conservadas.—Ella, en sus buenos tiempos, habia rivalizado con Agustina Rosas, el prototipo legendario de la belleza argentina. La suprema distincion de su porte y sus maneras, resistiendo á los estragos del tiempo, daba á su vejez donaire y dignidad de reina madre.

Uno y otro eran además en extremo bondadosos. D. Francisco tenia una de esas inteligencias penumbrosas que permiten saborear los mas puros goces de la vida sin comprender ó presentir lo incompletos y efimeros que son.—Misia Emilia aventajaba á su esposo en sagacidad natural y en conocimiento intuitivo de la vida.—Cierta superioridad intelectual de la mujer

(1) Pasando la escena en Buenos Aires, el texto se refiere, como es natural, á la moneda de aquella capital.—Doscientos millones equivalen á ocho millones de duros.

Q. 056.1
LUN
No. 1-38

sobre el hombre, cuando está unida á la virtud y á la prudencia, es de excelentes resultados en las relaciones de la vida conyugal.—Bajo ese aspecto, nunca hubo una pareja mas feliz sobre la tierra.—Habrian descubierto el Paraiso, si la suerte no se hubiera ensañado con los frutos de su santa union.—Nueve hijos murieron sucesivamente en sus brazos. Los dos primeros, casi recién nacidos.—Otros cuando ya encantaban el hogar con sus juegos ruidosos. El penúltimo, que era una niña hermosísima, cuando ya tenia pronto su vestido largo, y el último, gallardo joven de veinte y dos años, á consecuencia de una caída de caballo.—Ese hijo les habia dejado á Marta, de pocos meses todavía, huérfana de madre desde el mismo dia de su nacimiento.—Ocioso es explicar cómo aquellos dos abuelos no vivieron desde entonces sino para amar, cuidar y hacer feliz á aquella tierna niña, único vástago de la numerosa prole que habian dado sucesivamente á la cuna y al sepulcro.—Y ahora, pretendia la muerte arrebatárles tambien aquella última reliquia, supremo consuelo y única esperanza en la zona crepuscular de su existencia!

Penetró la fiebre en la casa con un cortejo de circunstancias siniestras. Llamábase Marta la última hija que los Valdenegros habian perdido, y en memoria suya ese mismo nombre habia recibido la nietita.—A los diez y seis años habia muerto aquella, y á los diez y seis años caía ésta herida por el invisible enemigo. El tifus habia devorado á la una, y la fiebre tifoidea asaltaba á esta otra.—«Es la misma enfermedad, digan lo que digan los médicos! exclamaba D. Francisco impacientado, y Misia Emilia, por su parte, aseguraba que en la primera noche de la enfermedad de su nieta, allí, sobre la balastrada de la azotea, frente á la galeria que resguarda la alcoba de la enferma, habiase posado, lanzando luego su chirrido, la misma lechuzca, la misma, que diez y nueve años ántes habia sido el heraldo fatídico de la muerte de su hija!

Cuando se caracterizó la enfermedad y el médico de cabecera, gravemente alarmado, solicitó el concurso de otros médicos, los abuelos de Marta sintieron como que se desplomaba el cielo sobre ellos.

Presa de una agitacion irrefrenable, comenzó la abuela á recorrer los lujosos salones de la casa, deslumbrantes de espejos, tapicerías, broncees, porcelanas y cristales.—Paseaba por todas partes la mirada, y en todas partes encontraba paños negros, moños negros, flores negras, como en los dias lejanos, pero no borrados, de la muerte de su hija.—Salió de allí desesperada; fué á buscar aire y luz en las espaciosas galerías, vestidas de paisajes al óleo, adornadas con estatuas de mármol y vistosas plantas tropicales. Allí tambien todo era negro, como en los dias lejanos pero no borrados, de la muerte de su hija.—Prorrumpió en sollozos; fué á desahogar su llanto en la habitacion mas apartada; rczó, y una hora despues, con el semblante de una resolución heroica, besaba la frente de su nieta aletargada y se sentaba á la cabecera de la cama, para no abandonarla hasta que tuviese fin el duelo entre la sávia ardiente de la primera juventud y el veneno de la eterna Locusta que la naturaleza oculta en sus entrañas.

El abuelo, siempre ceremonioso y grave, se dirigió con paso tranquilo á su escritorio, donde permaneció dia y noche durante toda la enfermedad de Marta.—Habia allí una magnífica chimenea de mármol negro á vetas verdes sobre la cual descansaban tres soberbios grupos de bronce.—Recostóse de espaldas en ella, cruzó los brazos sobre el pecho y clavó los ojos en los artesones de la bóveda.—En esa actitud lo encontró poco despues el médico de cabecera.

—Ánimo, don Francisco; el caso es sério, pero está lejos de ser desesperado.

—Oh! no me falta el ánimo, respondió el abuelo; solo sí que si á ésta tambien se la lleva Dios, oh! por quien soy, que...

Dios no le dejó terminar esta blasfemia;—la interrumpió con un sollozo, sin duda para no verse en la necesidad de castigarla.—

Es posible tambien que le encontrase razon al buen anciano.—En toda la ciudad se repetía: «qué familia tan perseguida por el destino.»—Este clamor debia llegar hasta el cielo!

El palacio de la familia Valdenegros era de altos y estaba admirablemente situado, con frente á la calle Florida y á otra muy central de cuyo nombre no necesito acordarme.—A la calle Florida se abria la puerta de entrada principal, y en toda la cuadra se estacionaba durante el dia y las primeras horas de la noche una larga hilera de carruajes, frecuentemente renovados. Pertenecian á quince ó veinte médicos, que se turnaban en guardias permanentes ó en inacabables consultas; á varias docenas de parientes mas ó menos lejanos, que se disputaban el primer puesto de la ansiedad ostensible ante el peligro en que se hallaba la existencia de la tierna niña;—á centenares de personas amigas que acudían repetidas veces á informarse del estado de la enferma con afectuoso interés.—La puerta cochera y de servicio doméstico se abria á la otra calle.—Allí, desde las primeras horas de la mañana hasta cerrar la noche, se aglomeraba, sin exajeracion, una multitud de mendigos y mendigas que entraban á preguntar si ya estaba buena la señorita y salían lloriqueando despues de escuchar la desconsoladora respuesta que les daba, con aire patético, alguno de los cocheros de la casa.

En una y otra calle hallábase el empedrado cubierto de pasto seco para ensordecer el tránsito de los rodados.—Dos vigilantes de policia estaban perennemente apostados para prohibir á los mayores de tramway que hiciesen sonar sus destempladas cornetas. Todo ese movimiento extraordinario y esas precauciones prolijas al rededor de un edificio suntuoso, en paraje tan central y concurrido, llegaba á constituir una especie de espectáculo público, cuyos espectadores se renovaban por momentos y se esparcían en seguida por todos los ámbitos de la gran ciudad, llevando á pié, á caballo, en coche y en tramway la noticia de la enfermedad de Marta Valdenegros!

Frente á la puerta principal, quedaba siempre estacionado un grupo cuya composicion cambiaba periódicamente.—Durante el dia, era de pilluelos, changadores y vendedores de frutas, estúpidamente atentos á la llegada y partida de carruajes, á la entrada y salida de personas.—Formábanlo en las primeras horas de la noche los caballeros y las damas que, al ir y volver en su paseo por la calle Florida, se detenían sucesivamente á contemplar aquella régia morada en cuyo interior iba á morir de un momento á otro la mas opulenta heredera de Buenos Aires. Componían mas tarde el grupo, hasta rayar el dia, las mujeres vagabundas y los calaveras retardados, que miraban con curiosidad estraña los altos del palacio como sumergidos en inmóviles tinieblas, mientras permanecía iluminado el vestibulo, con su ancha portada abierta de par en par, dejando ver sirvientes de frac y lacayos de librea que cruzaban con cierto aire solemne de una profunda conmocion.—Así, á todas horas del dia y de la noche, la poblacion de la turbulenta ciudad mantenía centinelas y escuchas en torno de aquel sitio donde la nieta de los Valdenegros se batía con la muerte en invisible y silencioso entrevero.

Esto duró muchos dias. Ya los periódicos daban cuenta del estado de la niña, como se hace en Europa cuando se altera la salud de una princesa. Tomaba vuelo el espectáculo público.—En todas las iglesias se decían misas por la salvacion de la enferma. Habia entrado en moda el ir á inscribirse en un álbum de tapas doradas, que estaba colocado sobre una mesa de ébano entre dos columnas del vestibulo. Era de rigoroso buen tono poder suministrar en sociedad informes minuciosos sobre la marcha de la enfermedad. Monseñor Aneiros no faltaba un solo dia. El Presidenté Sarmiento habia ido tres veces en landó oficial de media gala, y el mismo Mitre habia estado allí una vez, siendo á la entrada objeto de una pequeña ovacion popular.—Ya el nombre de Marta Valdenegros tenia tanta celebridad como el de los candidatos á la presidencia

Venore
Zumarán

Alina? No por cierto;—voy á decirte: Una muger á los quince años,, si es linda y tiene gracia, es una joya que no tiene precio y que todos solicitan; ella, que es á la vez prenda y joyero, luego comprende todo lo que vale y como las ofertas son muchas y en su impericia se las finge iguales, no sabe por cual decidirse y acepta, ora esta, ora aquella, segun venga la ocasion sin dar palabra á nadie, ¡por supuesto!, de que el pacto no rescinda....

—Hombre! hombre! á donde vas, mira que te pierdes!

—Que no me pierdo digo, y para probártelo, te apuesto que dentro de dos horas te evidenciaré la verdad de lo que acabo de afirmarte.

—Cómo?

—Es muy fácil;—ya ves que voy al baile donde Alina se encuentra, pues bien, sin pecar de presumido, y perdona el aparte, creo no tienes tú prendas personales que te den mucho más valor á los ojos de Alina, ó cualquier otra muchacha, que yo; prometo, pues, que dentro de dos horas te probaré de algun modo que Alina *me amará* tanto como á ti, si le hago la corte diez minutos.

Al terminar Federico no pude contener una carcajada.

—Vamos, me dijo sin desconcertarse, ¿qué prueba quieres?

—¡Y que sé yo! . . . Ah! sí, mira, pídele el ramo de violetas que lleva en el seno.

—Si aún lo conserva, volveré con él; adiós,—es decir, hasta de aquí dos horas.

Y echó una mirada al espejo, se arregló el naciente bigote y se fué tan seguro de que ganaria la apuesta, con tal aire de tranquilidad, que me dió fastidio, y, cosa rara, pues le queria como á un hermauo, no pude ménos que exclamar cuando me vi solo:—Fátuo! Imbécil!

✕

Me puse á leer, mas á las dos líneas tuve que dejar el libro, ponerme de pié y sin motivo echarme á caminar á pasos largos; abrí despues la ventana, volví á tomar el libro y á dejarle en seguida, hasta que me pregunté con fastidio, con rabia: Dudo de Alina! y sonrei como animándome, mas aquella sourisa debia tener ya un algo de sarcasmo.

Las horas se deslizaban lentas, y en mi impaciencia fingíame fuera el tiempo pesada cadena de plomo que yo debia levantar, y que cada enorme eslabon era un segundo.

Sentéme al fin, quebrado por la impaciencia. Volví á soñar y veía á Alina bañada en rayos de luna, acostada sobre un lecho de violetas y . . .

« A aquel reflejo de la luz escaso
La jóven parecia hecha de raso
De nácar, de jazmin y terciopelo! »

La puerta rechinó sobre sus goznes, volví á la realidad y vi á Federico que entraba á la habitacion.

Para ocultarle mi emocion traté hablara él primero; le miré con atencion y en la penumbra de la lámpara medio extinguida me pareció estaba su faz muy pálida: él no me dijo palabra al entrar y metiendo la mano en el bolsillo interior del *frac*, sacó un ramo de violetas adornado con diosma:

—Es este, me preguntó con voz alterada, le reconoces?

La sensacion fué tan aguda que en el primer momento no pude expresarla ó no lo quise.

—Sí, es ese, dámelo!.... y se lo arrebaté de las manos y me puse á llorar todas las lágrimas puras que la infancia lega á la juventud, las cuales al evaporarse llevan consigo toda la fé de los primeros años.

✕

Federico el amigo íntimo, aquel á quien queria como á un

hermano, se ha casado con Alina, aquella niña que me amaba tanto; dicen que viven felices y que ella. . . .

« Bacia col labbro pio

I figli d'un amor che non è il mio! »

✕

He ahí la historia harto trivial de por qué ayer al ver pasar á una florista quise comprarle, solo por lástima, un ramo de violetas y el por qué al encontrar un ramo seco de esas malditas flores en un cajon de mi escritorio sentí renacer en mi espíritu hora por hora, minuto por minuto, una página de la historia de mi vida que fué hasta la mitad, dia de primavera en mi existencia y prólogo, prólogo maldito, de aquellas hojas por mi escritas que cayeron de mis manos al peso de mi desaliento cual caen las que los árboles revisten al soplo de los cierzos.

Ah! juventud, cuán caro cuestas! tú tienes la culpa de que haya locos que escriban lo que sienten ó lo que recuerdan sintieron, y nécios que cuenten la historia de un ramo de violetas secas!

JULIO PIQUET.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Publicacion literaria dice la Administracion de *La Razon* que es esta, y agrega que lo que en ella se diga ha de ser prescindente de politica y de religion. Nada de sindicatos pues, ni de playitas, ni de diarias ni de fiscales. Nada tampoco de milagros, . . . ni de herejias.

Quedan libres los temas sobre el tiempo, sobre teatros, paseos, tertulias, recibos y otros análogos, en los cuales puedo discurrir á mi antojo. El tiempo ya es de suyo un tema que alcanza y sobra para decir mucho. Sobre el tiempo se habla hasta en las visitas de cumplimiento, y como esta es la primera que *El Lunes* hace á sus lectores, no estará fuera de lugar decir algo sobre ese tópic.

Felizmente, por el momento no he de aburrir á mis lectores con la fastidiosa monotonia del agua. Ahora tenemos sol, tenemos cielo azul y mar azul, verde en el campo, colores alegres en las flores, y toda la ciudad revive al calor de la luz dorada que la envuelve. Hacia tiempo que no teniamos un dia como el del sábado, sereno, tibio, apacible, envuelta la mañana en transparentes gasas de brumas blancas, y nacarado el crepúsculo de la tarde, el mar bruñido como una plancha de acero, y la atmósfera diáfana como un cristal. La ciudad estaba como de fiesta: todos los carruages en movimiento llevando á las familias al campo, los tramways atestados de paseantes de un estribo al otro, las calles cuajadas de gentes, y las plazas llenas de alegrías y de risas infantiles, corriendo los niños de un lado á otro con sus caritas sonrosadas por la agitacion, todos bulliciosos y contentos como una bandada de pájaros.

Por la mañana, la feria con su animacion ruidosa; á medio dia la salida de misa; mas tarde la romeria de carruages al Paso del Molino, y durante toda la tarde, el va y ven continuo por la calle Sarandí y Plaza Independencia, paseantes de Domingo con sus trajes flamantes, todos alegres, con esa alegría que no conocen los que no trabajan.

Todo esto soñaba yo en la noche del sábado impresionado con la belleza del dia, cuando me sacó de mi sueño un *run-run* lejano. Son los carros que vienen á la feria, pensé entre mi, y me disponia á continuar durmiendo, cuando vi filtrarse por las rendijas de la puerta una luz viva, que iluminó con lividos resplandores todos los objetos y se apagó súbitamente. Una escala cromática de notas destempladas fué el preludio de una detonacion espantosa, y desde ese momento no cesó de tronar. Los truenos se sucedian sin interrupcion; los últimos rezonagos de uno, se perdian entre el estrépito del siguiente. Todas las rendijas de la puerta se iluminaban á cada minuto con rayas fosfóricas, que temblaban un instante y se borraban en seguida como las sombras de una linterna mágica, y tras de la luz, el ruido, seco, estridente, como una carcajada mefistofélica burlándose de los proyectos de fiestas y

paseos, organizados para el Domingo, que es el día clásico de la bulla la alegría.

Montevideo, como Buenos Aires, como todas las capitales sud-americanas, es una ciudad *Domínguera*, a diferencia de los grandes centros europeos donde el Domingo es el día exclusivo de las clases trabajadoras. De ahí esa animación de nuestros Domingos, en que toma parte toda la sociedad, ricos y pobres, propietarios y jornaleros, contribuyendo todos al movimiento que doquiera se nota, en las calles, en las plazas, en los paseos, en los teatros y en todas partes donde haya un motivo de diversión.

Pero el de ayer amaneció triste, lloroso, sin feria y sin paseantes, bañadas las calles por el agua, enturbiados los vidrios de las ventanas y balcones, desiertas las plazas, las gentes encerradas en sus casas sin más pasatiempo que el de mirar llover, desbaratados todos los proyectos combinados durante la semana para dar expansión al ánimo y al cuerpo en alegres giras campestres.

De espectáculos teatrales no estamos por el momento muy abundantes. Solo tenemos la ópera en *Solis*, que poco a poco va reponiéndose, y llevando cada vez mayor público, desde que el empresario tuvo la buena idea de cambiar el repertorio primitivo por otro con que está más connaturalizado nuestro público. Los artistas, noveles en su mayor parte, van familiarizándose con la escena, y es de esperarse que dentro de poco sepan ya desempeñarse con soltura y cantar con mayor aplomo.

Dícese que en breve tendremos grandes novedades teatrales. Por un lado se anuncia la próxima llegada de la compañía lírica que canta en *Colon*; por el otro se sabe que no tardará en estar aquí la compañía dramática francesa que actúa en Buenos Aires; Ciacchi debe llegar al Plata de un momento a otro con su gran compañía de ópera ligera; tras de él vendrá el gran cuerpo coreográfico ruidosamente aplaudido en Rio Janeiro. Como se vé, esa avalancha de diversiones va a compensar sobradamente las escaseces de hoy.

Hay otro teatro que funciona y que no deja de ser muy concurrido. Es el *Politeama*, donde se dan espectáculos acrobáticos, mímicos, equilibristas en los que toman parte artistas de primer orden, entre los cuales figuran los Nelson, verdaderos prodigios de habilidad y arrojo, que superan a los más afamados de cuantos nos han visitado. Allí es el punto de cita de los chicuelos, eternos admiradores de los gimnastas a quienes consideran como seres sobrenaturales, dotados de alas invisibles para salvar el espacio. Si los Nelson cambiasen de nombre y se presentasen bajo el bombástico título de *Los hijos del aire* o *Los Reyes del espacio*, seguramente que alcanzarían mayor fama que la que los Buislay y Chiarini y otros por el estilo han alcanzado. El público no está por la modestia: es un niño grande a quien lo seduce más el oropel de un juguete que el mérito de un libro.

Si en diversiones públicas estamos mal, en cambio no puede nuestra sociedad quejarse en cuanto a pasatiempos familiares. Las reuniones semanales de Acevedo, Eastman, Arocena, Marques, Duplessis y otras ofrecen encantadores atractivos a los amantes de la buena sociedad. Cada una de esas reuniones da sobrada tela para una crónica amena, crónicas que las lectoras de *El Lunes* tendrán ocasión de recorrer desde el próximo número, en que, ya ordenadas todas las secciones, dedicaremos un espacio preferente a esas reseñas de nuestras fiestas sociales. Este número es apenas un prospecto de lo que será nuestro periódico.

Todo lo que con la sociedad se relacione, tiene cabida en *El Lunes*, y aunque nuestro deseo fué el de que este primer número contuviese todos los materiales que en lo sucesivo ha de tener el periódico, no nos ha sido posible realizarlo por las dificultades con que siempre se tropieza en los estrenos. Pero, *Deo volente*, y el empeño que de nuestra parte pondremos, todo quedará allanado desde el próximo lunes, y entonces ya no les quedará motivo de queja a las lectoras, que son siempre más exigentes que los lectores.

Nada hay que amedrenta tanto como un público femenino. Los hombres somos tolerantes y sabemos disculpar teniendo en cuenta las circunstancias, pero el bello sexo es intransigente, y nunca da su aprobación por entero. Juzga de la literatura como de los vestidos: muy

lindo el corte pero poco distinguido el color, ó vice-versa: precioso color pero poco elegante el corte.

Por hoy no tengo temor a la censura, porque todavía no he entrado en materia, limitándome a este saludo en que no comprometo nada, si no es la paciencia del lector que hasta aquí me haya seguido.

OSCAR.

PRIMAVERA

(INÉDITA)

FA viviente esmeralda del bosque
De su sueño de invierno despierta,
Y otra vez en las ramas palpita,
Y las ramas de júbilo tiemblan...

La viviente esmeralda del bosque
Con su brillo los pájaros tienta,
Y con hilos de hierba en el pico
Hacia ella, los pájaros vuelan....

Del arroyo en la espalda azulada
El cristal de la escarcha se quiebra,
Y las aguas ansiosas aspiran
El perfume vital de la tierra....

Del arroyo en la espalda azulada
Juguetean las brisas ligeras....
Van envueltas en gasas de aroma
Que las flores del borde tejieran....

Esas algas blanquizcas del cielo
Que se juntan, se unen, se estrechan,
Y en consorcio quizás amoroso
Las neblinas y nubes engendran....

Esas algas blanquizcas del cielo,
De su abrazo invernal ya se sueltan,
Y se pierden buscando otros mundos,
Y en rocío en las flores se acuestan....

En el vasto Sahara del éter,
Corre el sol sobre azules arenas....
Solitario león, que sacude
De su luz la gigante melena....

En el vasto Sahara del éter
Se oyen fibras de etéreas cadencias,
Que parecen los ecos lejanos,
De canciones de fiesta sidérea....

En la huerta gentil de mi amada
Se despoja la acacia soberbia
De su veste de flores doradas
Que en pedazos se cae en la tierra....

En la huerta gentil de mi amada
A escuchar de las aves la endecha,
En sus matas se hierguen curiosas
Las postreras fragantes violetas....

Es que rota del gélido invierno
La crisálida anémica y vieja,
Agitando sus alas de oro
De su cuenca brotó Primavera!..

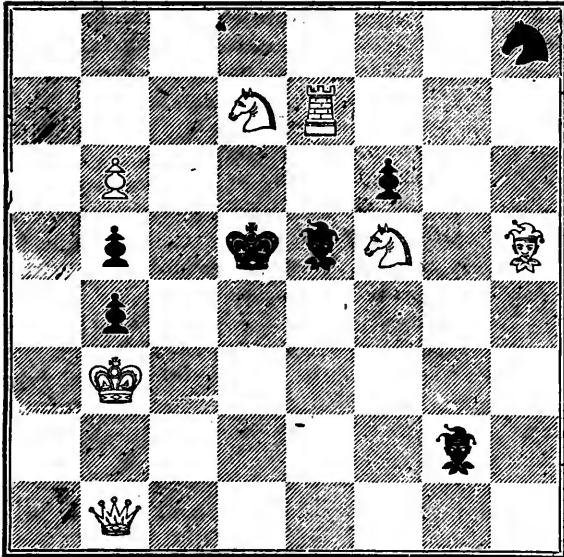
Primavera! Idéal mariposa,
Que tras sí como séquito lleva
De perfumes y cantos un mundo,
Que el sopor de otro mundo destierra!...

Solo en mi alma cansada y marchita
Son inmóviles frios y nieblas,
Y se agrupan los montes de sombras,
Y en sus faldas las lágrimas ruedan.

Solo en mi alma marchita y cansada
No se escuchan de amor las endechas....
Do se muestra su imájer maldita,
Huye el ave y la flor se doblega!

RAFAEL A. FRAGUEIRO.

Problema de Ajedrez por Ignotus
NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

CHARADAS

Si tienes *prima y segunda*
De *tercia y cuarta*, y lo eres;
No me estraña si no infieres
Con perspicacia profunda,
Que de América en la gloria
Es el *todo* gran victoria.

OTRA

Teniendo *prima y segunda*
Poco se me importaría
Que *una y tres* se desbordase
Pues yo no sucumbiría.

No ser *segunda y tercera*
No lo esquiva ni el mas fuerte
A no ser que caiga ántes
En el *todo* de la muerte.

OTRA

Si *cuarta* me adivinaras
Lo que *prima dos y tercia*
Significan, te daría
La más *tercia y quinta* prenda.

Esas tres sílabas dan
Un vehiculo anticuado,
Pronombre *cuarta*, y mi *todo*
El material de este diario.

FUGA DE VOCALES

V.n — m..rt.—t.n — .sc.nd.d.
Q.—n.—t.—s..nt.—v.n.r
P.r.q.—l—pl.c.r—d.—m.r.r
N.—m.—v..lv.—.—d.r—l.—v.d.

FUGA DE CONSONANTES

O! — .ua..a — .e.e — e — .e.io — .e.a
.e — .u..e.o — .o.e — a — .a — a..a — .u...e,
.o.o — .e — .o..o — .e — a — .a — e.e.a
A. — .a.a.e — .u — .i..a — .o..e.u...e

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

.o.r — f.o — d.n.e — .a.i.t.
D.s.r.c.a.a — u — t — s.e.t.
A — p.i.e — p.s — q.e — i.t.
T — e.c.n.r.s.e — o — l — m.e.t.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

Posuicai — Arpegios — Presagio.

Las soluciones en el próximo número.

GEROGLIFICO NÚMERO I

